

Señales de vida: literatura, neoliberalismo y tradición biopolítica

por **Fermín Rodríguez** | Conicet-UBA | ferminr00@gmail.com

Terreno definitorio de los procesos de neoliberalización, la vida precaria emerge en la novela latinoamericana de fines del siglo XX y comienzos del XXI como índice de transformaciones de las maneras de sentir y percibir que preceden las grandes mutaciones económicas y políticas (y en buena medida, las hacen posibles). Desde el reverso del gran relato de la modernización neoliberal, la literatura logró captar en el aire de una época la emergencia de nuevas formas de poder y subjetividad no lo suficientemente estratificadas, ilegibles para el mapa de lo irreconocible y lo nombrable. Y para ello, había que llegar hasta las moléculas, la capa microfísica de un campo social que vive de diferenciarse a lo largo de líneas de devenir o líneas del afuera. Como en la novela de Rodolfo Fogwill, *vivir es vivir afuera* de los grandes conjuntos, yendo de lo macro a lo micro, experimentando con lo sensible, cruzando umbrales de enunciabilidad y visibilidad, huyendo de las grandes formas.

El poder es un torbellino de microrrelaciones entre elementos que funcionan como corpúsculos; una relación de fuerzas, no de formas, que la literatura, como experiencia de composición de las fuerzas, saca a la luz y hace hablar mezclando e integrando cosas, personas, voces, luces, sombras, complejos multisensoriales. El campo de fuerzas contamina cualquier enunciado, saturándolo de lo que llamaremos *señales de vida*, signos que la literatura, en su modo menor, no dejó de emitir desde la otra cara del progreso para mostrar, a fuerza de precariedad, la modernización neoliberal como catástrofe. Se trata, en un principio, de una literatura menor, inmersa en la vida, carente de los signos fuertes de las culturales nacionales, que encontró en la vida precaria su política. Todo

en ella, parafraseando a Deleuze y Guattari (1978), es biopolítico, si por biopolítica entendemos el creciente control y gestión de la vida hasta en sus más pequeños detalles para hacerla producir al máximo; todo en ella va sin plan, según un proceso abierto que junta cuerpos, acontecimientos y percepciones sobre un espacio atestado de voces y lenguajes en germen donde el hecho de vivir común a todos los seres vivientes se convierte en instancia de búsquedas estéticas e indagaciones políticas.

Cubiertas de escombros y desperdicios, las ficciones de vida hicieron de la precariedad de la existencia un campo de experimentación con las temporalidades, los territorios, las subjetividades, los cuerpos, los modos de estar juntos, las nuevas relaciones con el trabajo y la economía, los nuevos focos de deseo y de poder. No hay representación, no hay interpretación, sino captura de fuerzas transformadas en formas heterogéneas al orden de cosas establecido, formas de vida, de hacer, sentir y pensar de sujetos que viven estas transformaciones y leen desde la precarización, la flexibilización y el empobrecimiento lo que pasa en torno a ellos.

Así, entre los sin techo de la ciudad ruralizada de *El aire* o entre los jóvenes corriendo la liebre por los fuera de campo de *El desperdicio*, en las caminatas alucinadas de *La Villa* y *Las noches de Flores*, tirando de un carrito de cartonero o haciendo delivery de pizzas; entre los soldados de *Los pichiciegos* y las jóvenes trabajadoras precarizadas de *Mano de obra* y *2666*, entre los marginales de *Vivir afuera*, los villeros y villeras de *La Virgen Cabeza* y los niños asesinos de *La Virgen de los Sicarios*, lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, lo sensorio-motriz, lo estético, la realidad biopolítica de lo

corporal como objeto de un nuevo régimen de significación que junta cuerpos para mostrar que son cuerpos igualados por procesos materiales presubjetivos —aunque de ningún modo presociales— que tienen lugar dentro y fuera de ellos. Son historias de cuerpos que se encuentran afectivamente en el mundo, sin hondura psicológica, activados por cadenas de acciones y reacciones sensoriales que, en conflicto con las representaciones del lenguaje, ponen de manifiesto la capacidad que tiene un cuerpo de abrirse paso por la esfera de la experiencia sensible para descifrar el mundo desde su condición de viviente.

Señales de vida

Las señales de vida que recoge la ficción —acontecimientos sensibles que pasan por el cuerpo, como un escalofrío— suelen estar acompañadas de mal tiempo. Abunda el frío extremo, los cielos cargados de nubes, las lluvias torrenciales, las tormentas eléctricas, los vientos huracanados, las inundaciones. La atmósfera está enrarecida por un clima de inminencia, inestable, muy “fin del mundo”, como dice el narrador de *La villa* de César Aira, tratando de dar cuenta de un estado de extrañamiento ubicuo que la experiencia de las fuerzas produce en el devenir del relato (Aira 2001, 103). La sensación de catástrofe está en el aire y es del orden del afecto, no de la representación. Algo está pasando, aunque no sepamos exactamente qué, vivido como amenaza; algo que oscurece los cielos de historias que cambian de forma y de densidad, como las nubes de una tormenta. Golpes repentinos venidos desde no se sabe dónde impactan sobre la vida de los personajes, deciden sobre su destino. Las referencias se pierden, los mundos individuales se desmoronan frente a fuerzas demasiado violentas para ser asimiladas por sujetos expuestos en su vulnerabilidad a las intensidades de un mundo que se presenta como apocalíptico. Porque el clima es apocalíptico en el sentido literal del término: como señala Lazzarato, el apocalipsis revela, muestra, hacer ver y oír, fuerza a pensar en cosas que están pasando al ras de los cuerpos, en la vida de las personas, y que pueden leerse en los cielos revueltos de la ficción (Lazzarato 2020, 9).

Textos, momentos de la cultura, la literatura y la política se enlazan en agenciamientos espacio-temporales en los que la literatura sale de su encierro para intervenir, en vivo, en las duraciones del mundo. Son lugares donde las señales de vida arrecian. Hay señales de vida, por ejemplo, en la obra de Rodolfo Fogwill —un laboratorio decisivo de la literatura para experimentar con la reconfiguración de las relaciones entre cultura y política y registrar la emergencia de nuevos sujetos políticos. *Los pichiciegos* y *Vivir afuera*, de Fogwill, son agenciamientos de signos escritos sobre la configuración de los lugares, los cuerpos, los grupos, las imágenes, las cosas que pueblan un mundo histórico saturado de virtualidades sin nombre. Testigo de cómo las nuevas fuerzas del mercado atraviesan el estado-nación y lo exceden, Fogwill mapeó el neoliberalismo como una nueva química social del deseo, un nuevo régimen de subjetividad y de intensidades deseantes que atraviesan el espacio social en su conjunto. A la estetización de la política, Fogwill opuso mapas de grupo, configuraciones polémicas de cuerpos sensibles que “viven afuera”, entrando y saliendo de los ordenamientos del poder, flotando en la lengua como órgano de lo verbal y lo sensible.

En *El aire*, de Sergio Chejfec, y *El desperdicio*, de Matilde Sánchez, las señales de vida están desparramadas por los espacios de una literatura nacional reducida a escombros y desperdicios. Son textos que leen la modernización neoliberal como arcaizante, productora de vidas precarias y nuevas barbaries. En la ciudad pampeanizada de *El aire* o en el campo enrarecido de *El desperdicio*, la materialidad concreta de lo corporal es el objeto de una nueva territorialización del poder que es también una mutación de la sensibilidad y un nuevo régimen de significación de una novela que, entre el deterioro y la vitalidad, busca darle forma a la destrucción. En ellas, la frontera es biopolítica, y pasa por los cuerpos más que por el territorio de un país que se está hundiendo.

Donde hay señales de vida, hay luchas por el tiempo y el territorio con epicentro en un pliegue de la ciudad invisibilizado y clandestinado por los imaginarios del urbanismo modernizador:

la villa. El progreso produce villas y más villas que la literatura mapea como espacios de superabundancia vital, generadores de formas precarias de significar y vivir juntos. *La villa*, de César Aira, o *La Virgen Cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara, se internan entre los escombros de la violencia económica y el abandono político para hacer ver, a la luz de los nuevos regímenes de marginalidad urbana, posibilidades de construir un mundo mejor a partir de los poderes de improvisación y cooperación de quienes saben hacer con la crisis.

Las señales de vida se arremolinan en torno a la figura del trabajador precarizado de nuestras sociedades contemporáneas — fundamentalmente, una mujer trabajadora joven— como clave de una economía del poder que funciona, en apariencia, sin violencia ni ideología. El sirviente de *El amparo*, de Gustavo Ferreyra, los repositorios y cajeras del súper de *Mano de obra*, de Diamela Eltit, o los chicos y las chicas que circulan por el mercado de los trabajos basura de *Alta rotación*, de Laura Meradi, no son los ciudadanos trabajadores de los desarrollismos latinoamericanos ni los proletarios del socialismo. Para ellos, el trabajo tal como lo vivieron y soñaron sus mayores terminó; la relación salarial está en ruinas, y la figura monopólica del ciudadano trabajador de la sociedad de masas se desvanece en un terreno eminentemente biopolítico, donde el cuerpo y sus intensidades anímicas, codificadas como servicios, hacen a la productividad tanto como a la conflictividad del trabajo. Al trabajador afectivo se le pide que, sin quejarse, resista en la trinchera de sus feroces puestos de trabajo hasta el final de la jornada, que trabaje los domingos y feriados, que renuncie a sus derechos, que se quede después de hora, que respondan ante consumidores por los deseos insatisfechos de la mercancía, que se impliquen afectiva y anímicamente, que improvisen e innoven. La biopolítica como estrategia de la dominación —nos dicen estas ficciones del trabajo—, no produce jóvenes emprendedores con iniciativa, pletóricos de capital humano, sino trabajadores y trabajadoras pobres, atascadas en el eterno presente de esa figura clave del modo de producción de subjetividad neoliberal: la resiliencia o el *aguante*.

Finalmente, las señales de vida atraen a una jauría de personajes escritores que le roban la vida a alguien para poder escribir. Es el linaje de los “escritores-lobo” que, al acecho del cuerpo de mujeres obreras, rondan el mundo de la reproducción sexual de las fuerzas del trabajo gratuito, barato y marcado sexual y racialmente. En novelas como *Boca de lobo*, de Sergio Chejfec, y *2666*, de Roberto Bolaño, la violencia de la explotación capitalista aparece al desnudo, con toda la muerte y la fuerza de la opresión al aire. Son textos repletos de gestos predatorios, contruidos alrededor del acto violento de apropiación que produce las divisiones de clase y las distribuciones jerárquicas de género y de raza. Por su parte, *La Virgen de los Sicarios* es una exploración de la esfera reproductiva de lo viviente como subsuelo de la identidad nacional, un campo político atravesado por las fantasías de limpieza étnica de las élites letradas donde las palabras matan.

El giro rústico de la literatura

Especulando con la temporalidad del “fin de la historia”, las ficciones de vida de los años 90 y 2000 se hacen cargo, en vivo, de la percepción de la crisis de los imaginarios civilizatorios y modernizadores que, desde los años de formación de las culturas latinoamericanas, definen lo que reconocemos y leemos como literaturas nacionales. La sospecha, el palpito de que la Argentina se estaba terminando o que era una cosa del pasado recorre relatos que recogieron entre sus páginas un tendal de cuerpos precarizados por el terror económico de las políticas de privatización, desempleo y ajuste. La modernidad neoliberal se muestra como arcaica, productora de vida tomada y administrada por el poder selectivo y jerárquico de hacer vivir al desnudo, reduciendo la vida a sus funciones mínimas. El “giro rústico” que toman ficciones como *El desperdicio* inunda el campo de la representación de temporalidades ancestrales, anteriores a la del progreso, sin que quede del todo claro si, a través de ellas, es el pasado que vuelve o si es el futuro que se adelanta (Sánchez 2007, 183). Son pasados múltiples y plurales, sepultados por la derrota y la violencia conservadora, que vuelven para

mezclarse con los tiempos actuales de la explotación y la dominación. Capturados en el tiempo del estado de excepción, ¿tendrán la fuerza suficiente para hacer estallar la temporalidad del progreso, y crear, a partir de allí, nuevos posibles?

Sin nostalgia de lo originario, la literatura conecta lo más nuevo con lo remoto. La modernización neoliberal produce degradación acumulativa y desorden, estados de agonía y en agonía, neo-arcaísmos, ciudades estratificadas, sin inclusión, recorridas por líneas de fractura biopolítica por las que desaparecen multitudes de cuerpos caídos del mapa en espacios cargados de una vitalidad tensa y conflictiva. Como dice un personaje de *La villa*, colocándose al final del relato del progreso, todo era “cuestión de vivir nada más”, todo era cuestión del *bíos* contenido en la categoría de biopoder (Aira 2001, 76). Sin embargo, deberíamos distinguir esa mera reproducción de lo viviente como sobredeterminación del biopoder de la movilización de la vida y lo vivo que se expresa en la novela, inseparable de la creación y propagación de posibles. Después de todo, no hay poder que se ejerza sin resistencia. Índices de poder tanto como de conflicto, las señales de vida se arremolinan sobre cuerpos y territorios invadidos por la precariedad inducida, de los que no dejan de surgir nuevos mundos ficcionales, nuevas posibilidades de vida y pragmáticas vitales que en nombre de lo común interrumpen los cálculos del capital.

Generadoras de nuevos medios de expresión, las ficciones de vida cambiaron la manera colectiva de percibir los procesos políticos, según un nuevo tipo de pragmática que apunta a lo sensible e introduce la micropolítica en todas partes. Desde su politicidad sensible, la novela capta en la misma realidad (¡los escritores no inventan nada!) las señales mediante las cuales un mundo histórico se da a ver y pensar. El espacio político se reformula como espacio estético donde se pueden ver y decir los conflictos desde la perspectiva de los cuerpos que se niegan a desaparecer. La literatura habla de lo mismo que habla la sociedad, pero lo hace

desde la posibilidad de no coincidir con el resto de los discursos, para decir otra cosa y en su propia lengua.

Las literaturas latinoamericanas siempre intervinieron en las luchas por la organización espacial del poder. Decisiva para la producción de los tiempos y espacios del estado-nación, la novela de nuestro fin de siglo no solo produce una nueva estratificación temporal: también hace una definición espacial del problema introduciendo nuevas formas de territorialización del poder y de organización del territorio. De los espacios-territorio, estabilizados dentro de límites por operaciones de producción y reproducción de ciudadanía y autoridad, pasamos a espacios de exclusión cargados de vida, espacios-población pre-personales y fluidos, codificados y regulados por un entramado de poderes y controles que ya no tienen al estado nacional ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción y regulación de la subjetividad.

Como en las naciones para el desierto del siglo XIX, gobernar será poblar, aunque el sentido de la consigna que dominó los imaginarios civilizatorios haya cambiado sensiblemente. Un siglo más tarde, el *gobernar es poblar* no se ejerce sobre sujetos de derecho, sino sobre individuos vivos como población a gobernar. La economía neoliberal es una economía subjetiva que empuja a los hombres y mujeres a ser sujetos económicos y hacerse cargo de su vida como si fuera un capital para administrar, asumiendo los costos y los riesgos de la precariedad, la pobreza, la desocupación, el desamparo, el abandono estatal, la crisis perpetua. Ya no se trata de producir ciudadanía por medio de la identificación del individuo con la nación, ni tampoco de igualar, superar los antagonismos por medio del progreso o incluir por la vía del trabajo asalariado de acuerdo con los criterios de bienestar, salud, vivienda, alimentación y educación propios de los desarrollismos latinoamericanos del siglo xx. Estado y capital *encierran afuera* según una lógica de la inclusión por medio de una exclusión que toma la forma de la precarización de la existencia. Se trata, claro, de una precariedad inducida, normalizada, requerida como modo de vida, que presupone

una modelización y un control de la subjetividad. Por eso, las luchas por la precariedad son luchas por el tiempo y el territorio.

Las ficciones de vida señalan que las vidas sin derechos no están fuera de la política. En la imaginación del progreso, las culturas nacionales comenzaban con el pasaje de la naturaleza a la cultura. Pero la naturaleza nunca fue el caos que precede a la civilización, sino el producto de una operación de poder que trabaja en el umbral de nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo político *suspendiendo los límites*. El giro rústico de la biopolítica transforma lo histórico y lo político en biológico, traduciendo antagonismos de clase, de género y de raza en diferencias naturales, arbitrarias y provisionales, entre personas y no personas, *bíos* y *zoé*, ciudadanía y población. Se trata de operaciones de poder hasta cierto punto performativas, actos de delimitación que tienen que ver con discursos y que dependen de la estética de una política que se manifiesta a través de la exclusión de ciertas vidas de los espacios de visibilidad y reconocimiento.

Huellas de la presencia del otro en nuestro cuerpo afectivo, las señales de vida están ahora entre nosotros, en cualquier parte donde haya cuerpos manifestándose desde la precariedad y el deseo; exigiendo para el cuerpo —el medio y el fin de cualquier política— que le den de comer y de coger. Como el pueblo de la literatura de Osvaldo Lamborghini o de Diamela Eltit, dando vuelta la página para salir en manifestación a llenar el espacio público de afectos, consignas y vida colectiva, se trata de abandonar el espacio de la representación y vivir afuera, poniendo en juego procedimientos estéticos que vienen del arte y van a la vida sin importar quién habla, para hacer otros tiempos y espacios.

Las ficciones de vida intervienen en la reconfiguración de lo sensible, construyendo territorios, subjetividades, nuevos manejos del tiempo, formas de vida posibles. A través de ellas, se puede leer el mundo, pensar el cambio, registrar las mutaciones imperceptibles de los hábitos y los afectos. Venían del futuro, que es nuestro presente, a avisarnos que no hay *bíos* que no esté anudado a lo político, que la historia no

es otra cosa que movimientos de cuerpos, que no hay vida colectiva sin interdependencia entre las personas, sin cuidado mutuo, sin apoyo en formas materiales que hagan la vida más vivible y sustentable, en fin, sin emancipación de las formas de vida capitalistas.

Vio lo que se venía y, a modo de advertencia, mostró, cuando todavía estábamos a tiempo, que el sujeto autónomo y autosuficiente del liberalismo, forzado a hacerse cargo de su vida sin depender de los demás ni dar nunca la talla, era una fantasía soberana. Lo vio y lo transcribió estéticamente como percepción, extrañamiento e intensidad del lenguaje. Que nadie diga que la literatura no avisó.

Referencias

- Aira, César. 2001. *La villa*. Buenos Aires: Emecé.
- Aira, César. 2004. *Las noches de Flores*. Buenos Aires: Mondadori.
- Benjamin, Walter. 1989. "El carácter destructivo", en *Discursos interrumpidos I*, trad. Jesús Aguirre. Buenos Aires: Taurus.
- Bolaño, Roberto. 2004. 2666. Barcelona: Anagrama.
- Cabezón Cámara, Gabriela. 2009. *La Virgen Cabeza*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Chejfec, Sergio. 2008. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Chejfec, Sergio. 2000. *Boca de lobo*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Gilles Deleuze y Félix Guattari. 1978 *Kafka. Por una literatura menor*. Ciudad de México: Era.
- Eltit, Diamela. 2004. *Mano de obra*. En *Tres novelas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferreira, Gustavo. 1994. *El amparo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Fogwill, Rodolfo. 1983. *Los Pichy-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*. Buenos Aires: De la Flor.
- Fogwill, Rodolfo. 1998. *Vivir afuera*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Fogwill, Rodolfo. 2016. *La introducción*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Groys, Boris. 2014. *Volverse público. Transformaciones del arte en el ágora contemporánea*. Trad. Paola Cortés Rocca. Buenos Aires: Caja Negra.
- Lazzarato, Maurizio. 2020. *El capital odia a todo el mundo*. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Lazzarato, Maurizio. 2022. *Te acuerdas de la revolución*. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Ludmer, Josefina. 1999. *El corpus del delito*. Perfil.

Meradi, Laura. 2008. *Alta rotación, El trabajo precario de los jóvenes*. Buenos Aires: Tusquets.

Panesi, Jorge. 2018. *La seducción de los relatos*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Piglia, Ricardo. 2016. *Las tres vanguardias*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Sánchez, Matilde. 2007. *El desperdicio*. Buenos Aires: Alfaguara.

Vallejo, Fernando. 2006. *La Virgen de los sicarios*. Madrid: Punto de Lectura. //